

## Diálogo de fin de siglo

Creación colectiva de Ictus basada en la obra de Isidora Aguirre, *Diálogos de fin de siglo*. Dirección: Delfina Guzmán. Con: José Secall, Nissim Sharim, Francisco Reyes, Maité Fernández, Mariel Bravo, Edgardo Bruna, Amparo Noguera, Delfina Guzmán, Osvaldo Osorio. Escenografía: Carlos Garrido. Vestuario: Pablo Núñez. Música: Juan Cristóbal Meza.

Cuando un creador acude a la historia como cita o referente para construir una obra o espectáculo, inevitablemente parte con un *tour de force*. La historia es pasado, es información, acumulación de hechos y situaciones en tiempos y espacios concretos. Es pertenencia de la memoria colectiva y olvido también. Por eso, su intervención en el espectáculo u obra en cuestión, debiera ser tangencial o ilustradora de lo medular: el espectáculo mismo.

*Diálogo de fin de siglo* es un trabajo teatral que intenta respetar la propia convención del arte escénico, pero resulta devorado por la palabra inactiva y el exceso de información. Su trabajo escénico es fino y atrayente, pero la opción dramática sucumbe ante el mecanismo dialogante de la historia, la acumulación de datos y la falta de carnalidad creíble donde el teatro supere a la historia.

La obra se sitúa en dos espa-

cios. Uno, el público, es el de los hechos objetivos: la revolución del '91 y el suicidio de Balmaceda. Otro, el privado, es el de una familia escindida, con vencedores y vencidos, donde la mujer pareciera llevar la carga ética central. Hay un cuestionamiento al poder como perversión, a la violencia, y una invitación a repensar el nebuloso espacio de finales de siglo, como el que vivimos ahora. En este sentido hay también una invitación abierta a mirar el pasado contenido en el presente, y el riesgo de una interpretación voluntarista o reductora, pero donde toda coincidencia con la realidad no es para echarle al olvido o dejarla pasar.

El montaje de Ictus optó por esteticismo formal, y un dramatismo replegado y sutil. No fue mala idea dejar el escenario desnudo, convertir la música y la iluminación en personajes, e intentar la síntesis acudiendo a lo esencial. Hay un trabajo destacable pero malogrado, porque sobre ese escenario similar a un tablero de ajedrez, las piezas se mueven como mecanismos de relojería, con una rigidez y monotonía casi pendular.

La obra se articula en un acto y medio, reservando el primero para la exposición de los hechos, y el restante para un de-

senlace que si bien no aporta mucho a la historia, es quizás el más teatral. Todo sucede desde el momento en que Balmaceda se suicida en la legación argentina luego de una cruenta guerra civil, y con el latente conflicto entre parlamentarismo y presidencialismo. Los desaguisados cometidos en ese tramo de nuestra historia —y cierta coincidencia con el presente— permiten comprender el sentido "memorial" de esta puesta. Dentro de la familia, con los conflictos afectivos y naturales vacilaciones; con las tentaciones del poder ante los nuevos tiempos que se avecinan, deberá generarse la carga dramática que dé sentido a esta obra.

No obstante, esta carga dramática no aparece nunca —o apenas se insinúa, teatralmente hablando— en este montaje. Hay momentos de belleza visual —los trajes de Pablo Núñez aportan su propia cuota— y un tratamiento sinfónico que armoniza, pero no oculta los desaciertos teatrales. Hay actores que se salen de su personaje, o simplemente carecen de credibilidad, a excepción de Maité Fernández. Y un elenco con talentos propios que se esmera mucho, pero no logra su cometido final.

LUISA ULIBARRI